

“Lula” arriba, pese a la corrupción

No será inteligente, pero es muy listo.

Gustavo Berganza

Al ver los índices de simpatía del presidente Óscar Berger, que se mantienen altos, aun cuando las calificaciones cuestionan el desempeño de su gobierno, no es aventurado pensar que si en este país hubiese reelección, el mandatario probablemente sacaría muchos más votos que muchos de los actuales aspirantes. En la popularidad del mandatario no pesan las percepciones acerca de lo limitado de su intelecto, ni los deslices en los que incurre cada vez que da una declaración pública. Mutatis mutandis, en Brasil se produce un fenómeno parecido. El presidente Lula da Silva no es percibido como el candidato más inteligente entre quienes competirán en las elecciones del próximo 1 de octubre. En este aspecto, el aspirante socialdemócrata y ex gobernador de Sao Paulo, Geraldo Alckim, le supera por tres puntos. Y en términos de honestidad, la imagen de Alckim no ha padecido el aluvión de escándalos que salpican, continuamente, al círculo íntimo de colaboradores de Lula. Con todo y no ser el de mayor intelecto y de haber hecho carrera política apoyado por un equipo tan corrupto como el que más, Da Silva tiene grandes probabilidades de hacerse con al menos la mitad de los votos que se emitirán el domingo que viene y de esa manera ser reelecto Presidente de los Estados Unidos de Brasil sin necesidad de correr una segunda vuelta.

Lula ha visto caer a su jefe de personal y a su Primer Ministro de Finanzas cuando una investigación parlamentaria descubrió que su anterior esfuerzo electoral había sido financiado con dinero proveniente de sobornos. Y más recientemente, dos integrantes del comando de campaña del Partido de los Trabajadores fueron detenidos con US\$792mil en efectivo destinados a comprar documentos para desprestigiar al candidato socialdemócrata a la gobernación del estado de San Pablo. En ambos casos, Lula se ha hecho, literalmente, el loco con las acusaciones y se ha mantenido alto en los sondeos de opinión pública. Un poco menos en el sur, en particular en San Pablo, en donde la elección se avizora reñida. Es en el norte de Brasil, la parte pobre, en donde, de acuerdo con una encuesta reciente de Datafohla, alcanza preferencias de hasta el 70 por ciento. La razón: la gente pobre sigue identificándose con él. Lula ha sido lo suficientemente hábil como para seguir cultivando su imagen de paladín de los desposeídos: luego del fracaso de Hambre Cero, fusionó todos los programas sociales en uno solo, Apoyo a la familia, por medio del cual otorga una subvención de US\$45 a cada grupo familiar con ingresos menores a los US\$60 mensuales. De esta manera, Lula ha beneficiado alrededor de 46 millones de brasileños, los cuales, era de esperarse, se han constituido en incondicionales suyos. Para este segmento poblacional, los escándalos que han estallado alrededor del Presidente son una maquinación de la oligarquía brasileña, empeñada en deshacerse de un líder que viene de los pobres y gobierna para los pobres.

No será el más inteligente de los candidatos, pero por lo visto sí es lo suficientemente listo como para preservar su imagen y mantenerla por encima del bien y del mal. En esto, Lula, maestro del clientelismo, supera ampliamente a cualquier competidor. Ya no digamos a nuestro bonachón presidente, el mínimo y dulce Óscar Berger.